

RAFAEL RIVAS DE BENITO

LA ARTESANIA ANTE EL RETO DE UNA SOCIEDAD INDUSTRIAL

A medida que una civilización se desarrolla, engendra para los individuos que la componen un aumento de las necesidades, suscitadas por el progreso y estimuladas por la elevación general de los niveles de vida.

El desarrollo industrial ha venido a satisfacer, en gran parte, esas necesidades, pero no ha podido cubrirlas todas. Especialmente no ha podido satisfacer, aquellas que requieren una adaptación inmediata a una moda nueva, a un bienestar superior o una calidad de vida más personalizada.

La industria consigue una producción en masa de bienes de consumo o equipo, pero asegura mal su conservación y no está capacitada para asegurar la conservación del patrimonio artístico, arquitectónico y hasta mobiliario de los países.

Solamente la Artesanía, tanto por su flexibilidad y sus facultades de adaptación, como por sus dimensiones restringidas y la alta calificación técnica o la creatividad de los artesanos, es susceptible de colmar las necesidades dejadas vacantes por la industria y de procurar ese confort y calidad sin el cual los

individuos que pertenecen a una civilización no podrían pasar sin renunciar a sus niveles de vida.

Precisamente en los momentos actuales y en no pocos países de nuestra área cultural, ese nivel de vida se pone en peligro por las amenazas que pesan sobre ciertos oficios y que llegan incluso a poner su existencia en peligro. Muchos países no son suficientemente conscientes de este peligro, porque los oficios artesanos en cuestión son, en términos económicos, los más marginados. Pero se podría decir de ellos -como de la felicidad- que sólo nos damos cuenta de que falta en el momento en que desaparece.

26

Por otro lado y en otro orden de cosas el juego de los mecanismos del liberalismo económico que conocemos, por muy moderado que esté por el intervencionismo gubernamental, conduce, inevitablemente, a los monopolios industriales. Sólo las empresas referentes a la artesanía, con el concurso de las pequeñas empresas industriales y comerciales, están en situación de compensar estas tendencias y aportar un equilibrio saludable a este factor de progreso que es la competencia.

Hemos de advertir que, no solamente se trata de los factores económicos y culturales, sino que se constata que la conservación de

los oficios artesanales restablecen la prosperidad social, ya que la clase artesanal ocupa un lugar particular entre el capital y el trabajo.

Considerado pues como un elemento de estabilidad del orden social, nos referimos en este momento al área socioeconómica de España y de Europa, somos conscientes, de que la desaparición de la artesanía es susceptible de provocar un desequilibrio muy perjudicial al conjunto de la sociedad.

Aunque no fuera más que por estas diferentes razones que acabamos de enumerar (aunque muchos tendrían tendencia a pensar que es una reminiscencia anticuada del pasado), la artesanía juega un papel esencial en nuestra civilización.

Pero convendría hacer algunas puntualizaciones, referidas al menos a los orígenes de los oficios artesanos.

Así hemos de hacer necesaria referencia a que el verdadero auge de la Artesanía y de los oficios artesanos en Europa, llega con el renacimiento de la vida urbana y el comercio, en los inicios de la Baja Edad Media, tras el prolongado paréntesis de ruralización y estancamiento económico vividos tras la caída del Imperio Romano y las invasiones de los pueblos germánicos,

bárbaros y musulmanes.

La defensa de la autonomía urbana ante las presiones de los señores feudales y de los patricios de la ciudad, así como la necesidad por parte de los propios municipios de garantizar una ordenada convivencia en su recinto, conduciría a los artesanos, al igual que ya lo habían hecho los comerciantes, a asociarse en agrupaciones profesionales (los gremios) bajo el amparo más o menos directo del Rey, el cual encontraba en esta clase emergente, un aliado eficaz frente a los nobles, al tiempo que venía a nutrir las precarias arcas fiscales.

La formación de cofradías con los auspicios de un Santo patrón, fue también importante por cuanto suponían la obtención de unos objetivos asistenciales y religiosos, tan necesarios en la época de expansión de la actividad artesana.

Estas actividades, dada la lenta evolución de las técnicas productivas industriales, vinieron a cubrir, durante siglos la mayor parte de las necesidades materiales diarias de las sociedades europeas. Por otra parte, las suntuosas construcciones reales y el mantenimiento de sus lujosas cortes, así como la edificación por parte de la Iglesia de las prodigiosas Catedrales góticas, renacentistas y barrocas, sustentadoras de un culto solemne, hicieron

vivir a los oficios artesanos de carácter artístico su "edad de oro".

En ciudades como Venecia, Florencia y en las ciudades hanseáticas, enriquecidas por el comercio, florecieron desde muy pronto los gremios artesanos. En España, durante casi toda la Edad Media se mantuvo un clima de incertidumbre y de inseguridad derivado del propio proceso reconquistador y fue al final de la guerra cristiano-musulmana y tras el descubrimiento de América cuando resurgen las actividades artesanas, y de sus gremios y hermandades, gremios que pasaron a las tierras americanas, regidos en su mayor parte por maestros que se trasladarán a las nuevas tierras desde España. El primer gremio americano del que se tiene noticia es el de los bordadores de México, que data del año 1556, siendo sin embargo los más importantes los gremios de plateros de México y Lima.

No obstante la aureola de bucólica felicidad que parece acompañar a las situaciones pasadas y en especial cuando se habla de un pasado gremial, no podemos ocultar aquí que la propia organización de los artesanos en sus hermandades y gremios, en el seno de una sociedad estamental, trajo consigo un estacamiento social y económico que venía a traducirse en un orden de categorías injustas y casi impermeable que venían a

favorecer en muchas ocasiones, situaciones de franca injusticia, cuando no de explotación.

En los primeros años del siglo XVIII se logra un descubrimiento transcendental que se convertirá en el símbolo de la decadencia de la artesanía, dada la profunda transformación que provocarán en los sistemas tradicionales de producción. Se trata del empleo de la fuerza del vapor como fuente de energía mecánica susceptible de mover máquinas.

No obstante aún habrá que esperar casi un siglo para que se manifiesten en toda su plenitud sus aplicaciones prácticas en el campo de la industria. El impresionante desarrollo de las ciencias aplicadas supuso, durante los siglos XVIII y XIX, un golpe mortal para la artesanía, que se vio incapaz de competir con una industria cada vez más alejada de los procesos manuales. Pero además esa industria vino a socavar las bases socioeconómicas, jurídicas e ideológicas del Antiguo Régimen, del antiguo orden, en el que los gremios artesanos se habían desenvuelto y prosperado.

Pero si transcendentales fueron para la decadencia de la artesanía los cambios económicos y tecnológicos operados durante estos siglos en la industria y en la sociedad, no lo fue menos la revolución de ideas que acompañó todo este proceso. Apareció un menosprecio por el trabajo manual

y por ende de sus enseñanzas y aprendizaje, ya que los sistemas educativos no pudieron por menos que adaptarse a las nuevas valoraciones sociales, privilegiando las disciplinas intelectuales en detrimento de las actividades manuales y creativas, lo que también venía a desvalorizar el aprecio social hacia el trabajo artesano.

En algunos países, como España, no obstante, el fracaso industrializador de aquellos siglos, consiguió retrasar en el tiempo la decadencia de los oficios artesanos, lo que vendría a explicar el hecho de que hoy nos encontremos aún con una rica y variada panorámica de este tipo de actividades.

Con estos antecedentes nos encontramos en el momento actual con un sector artesano que atraviesa un encrucijada, como consecuencia de un impetuoso proceso económico. Esta precaria situación refleja una incapacidad para mantener las posiciones logradas en el mercado ante la dura competencia que le presenta la producción industrial, lo que se explicará por un conjunto de causas, más o menos estructurales que sería conveniente detallar.

En primer lugar la empresa artesana encuentra grandes dificultades para hacer frente a los costes salariales dado que sus procesos productivos se basan en la preeminencia del trabajo

manual, mientras que la industria logra absorber más fácilmente estos altos costes derivados de la mano de obra gracias a los incrementos de la productividad que obtiene mediante la mecanización y automatización de sus procesos.

Otra de las dificultades por la que atraviesa la artesanía es la que viene marcada como consecuencia del propio perfeccionamiento de los procesos industriales, que vienen a ocupar parcelas que con anterioridad parecían reservadas, por su calidad, a los procesos artesanales.

Tampoco podemos olvidar otros problemas derivados de la falta de capacidad empresarial, la actitud remisa de los artesanos a agruparse, las negativas consecuencias de los sistemas educativos vigentes, en los que el aprendizaje de oficios artesanos no pasan de ser una excepción, las dificultades sobrevenidas como consecuencia del encarecimiento de ciertas materias primas, la desaparición y enrarecimiento de otras materias y de los instrumentales de trabajo, así como el desplazamiento de los artesanos desde el centro de las ciudades a las zonas periféricas, lo que origina un desarraigo de los artesanos respecto de sus clientes tradicionales, al tiempo que supone un empobrecimiento de la vida en las ciudades.

Pero sin embargo y a pesar de todo cuanto hemos expuesto, la artesanía ha resistido. Algunos oficios se han adaptado e incluso otros han avanzado de forma brillante, porque a partir del último tercio de este siglo incluso están apareciendo nuevos oficios para satisfacer nuevas necesidades. Así todavía podemos encontrar algunos artesanos que a pesar de las dificultades están felices al comprobar que después de muchos años de indiferencia, cuando no de desprecio, su arte es nuevamente objeto de interés.

Por ello hay que volver a dar a los jóvenes el atractivo del trabajo manual, dándoles la práctica regular, acompañada de una formación estética. De esta forma algunos encontrarán más fácilmente su propia vocación y todos aprenderán a respetar el trabajo realizado con las manos. Por añadidura tendrán posibilidades de adquirir un medio de expresión apropiado para hacer de ellos hombres más completos y mejor equilibrados.

Esta reconciliación del "espíritu con la mano" no puede producir frutos sino a largo plazo, por lo que se hace precisa una más inmediata reforma de la formación profesional en la que estén claramente perfiladas las enseñanzas de las actividades artesanas. De esta forma y de una manera relativamente sencilla se podrían recuperar y transmitir

una destreza y unos conocimientos que están amenazados de desaparecer para siempre.

Por ello es preciso expresar confianza en el porvenir de la artesanía. Porvenir que no reside, ciertamente en una competición con los productos industriales, como la que parece que hasta ahora la artesanía estaba empeñada, sino en el reconocimiento de lo específicamente artesano: La autenticidad, la originalidad y calidad.

Esta triple exigencia obliga a un esfuerzo de renovación incesante y corresponde a los artesanos, a los poderes públicos y a la sociedad civil, toda una parte importante en la tarea de mantener la artesanía como uno de los pilares de la cultura tradicional popular, de la memoria colectiva del pueblo al que pertenece.

A los artesanos les corresponde la difícil tarea de adecuar sus talleres a las necesidades de la sociedad a la que dirigen su oferta. Les corresponde también la decisión y valentía de resistirse a la adulteración, merma de calidades o chabacanerías con que aparentemente podría iluminarse una momentánea apertura de mercados. Si tal hicieran, la artesanía moriría víctima de sus propios artífices. Solo la seguridad de que lo artesano representa lo auténtico mantendrá el mercado y sólo así se justificará el que los

poderes públicos hayan de participar activamente en la defensa de ese sector como una parte importante del acervo cultural de la sociedad en la que se insertan y de la que proceden.

Corresponde pues a los poderes públicos una defensa de la artesanía desde una triple vertiente. La cultural, de la que es parte fundamental; la económica, asegurando unas estructuras que permitan al artesano una situación, al menos semejante a la que disfrutaban otros sectores económicos; y finalmente social, procurando un respeto y consideración por el trabajo artesano que debe ser fomentado desde la escuela primaria y la enseñanza profesional y que deberá continuar incrementándose hasta las enseñanzas superiores.

Pero de los tres elementos enumerados, seguramente sea la sociedad, como receptora del bagaje cultural y del elemento económico que el artesano produce, a quien corresponde una tarea más sutil, cual es la de comprender que sin los artesanos, sin sus técnicas y sin sus productos, las costumbres e incluso la propia forma de vivir hubieran sido, probablemente, muy diferentes.

Pero la sociedad tiene derecho a exigir al sector artesano que este sepa adaptarse a sus necesidades, a sus gustos, al momento histórico en el que la

propia sociedad se sumerge a incluso que la artesanía represente a esa misma sociedad como una de las manifestaciones de su continuidad como pueblo. Por ello los diseños, los materiales, las técnicas innovadoras, las soluciones arriesgadas, pueden y deben tener un lugar dentro de un sector que puede ser tan competitivo, como es la sociedad que le sustenta.

Visto de esta forma y establecido que no se puede plantear una lucha con la industria, se conseguirá aquello que la industria jamás podrá imprimir a su producción: el sello personal, el elemento diferenciador, el detalle del gusto y la inspiración en cada concepción de una solución para lo útil, para lo bello o para lo simplemente bien hecho.

Por ello, la artesanía tiene un puesto importante en la sociedad futura y por lo tanto también lo tiene el artesano el cual deberá seguir siendo un profesional libre y creador, es decir, un soplo de libertad que refresque el ahogo que producen unas relaciones productivas alienantes y aburridas. De esta forma las próximas generaciones podrán seguir viendo en las artesanías un símbolo de la alegría de vivir.

Es aquí donde radica el porvenir de la artesanía, y que si se sabe encauzar a través del adecuado marco de promoción

puede tener una demanda cada vez más creciente ante una sociedad que comienza a cansarse del gregarismo que quieren imponerle los medios sociales de publicidad, martilleándole continuamente para incitarle a un consumo masivo propiciado y auspiciado por los voraces e insensibles intereses de las empresas multinacionales.

Podemos afirmar que la artesanía no es sólo una pervivencia del pasado, sino que en la actualidad, y por el contrario, está resultando cada vez más una consecuencia de la sociedad moderna, cubriendo necesidades cada vez de mayor demanda y que no puede atender la sociedad industrial, pero que para su desarrollo precisa determinados medios de estímulo por parte del Estado.

La pequeña dimensión de las empresas artesanas, su apartamiento tradicional del mercado, la peculiar idiosincrasia de los artesanos, junto a su debilidad financiera, explican que haya realizado escasas innovaciones tecnológicas en sus procesos de producción, manteniendo a veces diseños superados y una escasa formación en materia de organización y dirección empresarial, convirtiéndose todos estos rasgos estructurales en obstáculos importantes para que la empresa artesana extraiga el máximo rendimiento de los recursos de que dispone y mantenga su participación en el

mercado, garantía definitiva de su continuidad.

En nuestra opinión, y teniendo en cuenta las características generales y peculiares de las empresas y actividades artesanas, los principios básicos que deben inspirar la acción administrativa en materia de apoyo al sector artesano son los que ya en su día propusimos como elementos a considerar dentro del III Seminario Iberoamericano de Tenerife:

- 328
- a) Posibilitar que la unidad artesana no sufra penalizaciones en el mercado en razón a su reducida dimensión o por la utilización intensiva de mano de obra que caracteriza los procesos productivos empleados.
 - b) Promover la modernización de las unidades artesanas persiguiendo un incremento de su productividad y una mejora de la calidad de sus productos. Ello, naturalmente, debe venir acompañado de un proceso de renovación de diseños y formas que no tiene por qué suponer una negación o ruptura de la tradición de la que son herederas.
 - c) Apertura de nuevos mercados interiores y exteriores para la oferta artesana. En especial cabría atender la

demanda potencial existente en el mercado europeo.

- d) Preservación de aquellos oficios artesanos, que por su tradición y singularidad tienen un especial significado histórico cultural, formando parte de nuestras señas de identidad colectivas.
- e) Incorporación del arte popular de los oficios artesanos al patrimonio cultural nacional.

Ahora bien, cabría preguntarse si merece la pena este esfuerzo por una actividad que pudiera considerarse marginal para la moderna economía. Es cierto que la importancia de la artesanía desde el punto de vista cultural y artístico no es necesario ponerla de manifiesto. Lo mismo podemos decir respecto a su aspecto humano y social, pues esta íntima unión, esta fusión entre el artesano y la obra creada, es quizá la principal característica de la actividad artesana.

Pero no queda igualmente claro cuál es el significado económico del sector artesano, porque ni tan siquiera está clasificado para los artesanos cuál es el sector al que pertenecen ni tampoco cuál es su dimensión y alcance y mucho menos cuáles son los subsectores que lo integran.

Así y como dato ilustrativo que dé entrada a la disensión sobre la identidad sectorial y su volumen, hemos de poner de manifiesto el interés que la propia Comunidad Económica Europea viene manifestando para la recuperación y consolidación sectorial destacando su componente predominantemente económica.

Recientemente se ha celebrado en Avignón (Francia) la primera conferencia de los países de la Comunidad Económica Europea para el estudio de la Artesanía y la muy pequeña empresa. Esta conferencia ha tenido lugar los días 12 y 13 del presente mes de octubre, lo que da idea de lo reciente de su celebración y en la que las propias conclusiones siguen aún calientes.

Una de las principales materias de interés, aun anterior a la entrada en las materias específicas sectoriales, es el hecho sintomático y fundamental de que la mayoría de los 12 países participantes, cuando hablan de artesanía, están hablando de cosas distintas, o cuando menos están refiriéndose a conceptos no homogéneos.

A petición española se está procediendo a realizar un estudio en profundidad a fin de que todos, y en todo momento, podamos saber la referencia de cada país para cuando se hable de artesanía y de esta manera, si no

homologar los conceptos, tener al menos la seguridad de que los conceptos que se están manejando, son al menos compartidos en su significado, lo que en el actual momento no sucede.

Y ello es particularmente grave, para la problemática de las posibles importaciones procedentes de países terceros.

Para los países comunitarios y fuera de la anómala y peligrosa situación de estar utilizando conceptos equívocos, significa un tremendo problema de orden práctico que puede dar origen a tremendas injusticias no ya referidas a los propios agentes económicos y en especial a las empresas, sino que puede afectar directamente a los propios Estados participantes, al presentar, caso de que en un futuro próximo se articulen medidas comunes de promoción y desarrollo, una diversidad interpretativa del concepto artesano, llamando en unos países artesanía a lo que en otros se considera producción industrial o excluyendo en otras actividades por considerarlas no productivas de objetos, sino meros servicios mientras que otros países admiten de pleno derecho tanto unos como otros. ¿Qué pasará en el momento que unos países con criterio restrictivo afirmen que agrupan a 30.000 ó 40.000 unidades artesanas, mientras que otros países vengán a establecer sus sectores en 500.000 o incluso

utilicen cifras millonarias?

La creación dentro de la propia comunidad de una dirección general específica dentro del área de asuntos sociales dedicada a turismo y artesanía especialmente (Dirección General XXIII) tiene necesariamente que dar una adecuada respuesta, tras la celebración de la Conferencia de Avignón, a este importante dilema, proponiendo, sin merma por supuesto de los derechos soberanos de los Estados, pero dentro de sus competencias armonizadoras, la elaboración de una directiva en la que se establezca, a los efectos de la misma, los conceptos generales de lo que la propia Dirección General XXIII entiende por artesanía e invitar a los países a adecuar sus legislaciones en este punto para conseguir un entendimiento común, lo que ya de por sí, será difícil si a la suma de diversidad de conceptos, se une el hecho cierto de que las mismas palabras habrán de ser traducidas a nueve lenguas.

Por lo que respecta al tratamiento de las artesanías procedentes de países terceros el problema que se presenta puede ser también de gran trascendencia, si en verdad cuando hablamos de artesanía no sabemos si la comunidad se está refiriendo a las mismas utilizando un concepto alemán o italiano por poner unos criterios amplios o extensivos o a los conceptos españoles, por

poner unos criterios restrictivos. Sabemos que ese problema la propia necesidad puede obviarlo utilizando términos, como en la realidad vienen funcionando, en los que viene a denominarse una serie de productos bajo la genérica fórmula de "productos manufacturados" pero bien sabemos que con esta generalización, lo que nosotros llamamos artesanía puede ser todo o nada y desgraciadamente más suele ser la nada que el todo, por lo que en consecuencia se hará precisa la clasificación de los propios términos utilizados si queremos que la artesanía no sea un residuo en la introducción de productos de diversa procedencia.

Pero ¿dónde es preciso actuar hoy para establecer el aseguramiento de la artesanía?

Pues bien, a pesar de estos problemas o quizás posiblemente por la existencia de esos problemas, podemos empezar a establecer la importancia que puede tener para todos nuestros países aunque sea desde perspectivas diversas, la concepción económica de la artesanía, a pesar de las diversidades de tratamiento.

Todos los países, en la forma que estimemos más adecuada, hemos de hacer un esfuerzo clasificador que venga a exponer de forma patente y terminante tanto los conceptos utilizados como la dimensión

sectorial, su importancia en el P.I.B. de los diferentes países, cuota que produce y su grado de participación dentro de la riqueza de cada país. De esta forma estamos convencidos podemos poner de manifiesto la importancia económica que aún hoy, a pesar de la escasa atención que con carácter general se ha venido otorgando al sector artesano, el mismo ha colaborado de manera muy importante en la creación de riqueza de nuestros países y sobre todo en la solución de la problemática vital de grandes contingentes de personas que han prescindido de otras atenciones públicas y al tiempo han aportado su importante contribución a la riqueza nacional.

Pero en el momento actual de intercambio y tecnificación podemos estar corriendo un nuevo riesgo, aun más peligroso que los anteriores si no se está en disposición de adecuar el sector a las necesidades de la sociedad.

Esta adecuación ha de hacerse con criterios económicos y tecnológicos que impliquen además aquellos elementos a los que ya hemos hechos referencia de autenticidad, calidad y originalidad o diversidad de forma que este tipo de producción, de gran porvenir si se respetan esos postulados puedan obtener unos aseguramientos comerciales.

A nuestro juicio solo hay un medio posible e incluso deseable

de garantizar la continuidad de las producciones artesanales y este medio no es otro que el aseguramiento de unos mercados interiores y exteriores estables pero dinámicos.

Hemos de dejar a un lado, no porque sean desechables, valoraciones meramente culturales que vendrían a distorsionar nuestro discurso, sin que ello signifique en absoluto que en el mismo queramos prescindir de valoraciones culturales. En todo caso habrá que articular estas valoraciones junto a las económicas y tecnológicas y tratarlas en su conjunto, pues fijadas con exclusividad pueden conducirnos a soluciones equivocadas y posiblemente no las más convenientes para el factor humano que sostiene la producción artesana.

El tratamiento que ha de dar la sociedad industrial al sector artesano no puede circunscribirse a una mera terapia de mantenimiento de la especie, sino que ha de articularse el binomio sector productivo - consumo y sociedad, de tal manera que la producción venga a dar solución a problemas de consumo que esa misma sociedad industrial tiene planteados. Con ello solo se viene a recabar para el sector artesano el cumplimiento de las mismas premisas que siempre ha tenido y que no pueden ser otras que las de satisfacer las necesidades reales de la sociedad real con la que

convive. Cualquier otra actuación, sería falsa e incluso irresponsable y estaría llamada a una, rápida o lenta, desaparición, pero siempre con una agonía como la que en muchas ocasiones estamos contemplando en determinados casos, la mayoría de los cuales se debería a una disfunción entre lo producido y lo que la sociedad demanda.

No obstante lo anterior, hemos de ser conscientes de que una adaptación al mercado es a veces muy difícil de realizar cuando se trabaja con elementos demasiado primarios, pero eso no debe ser óbice para que no tengamos las ideas claras acerca del lugar común en el que hemos de encontrarnos. Aquí es precisamente donde habrá de insistirse más profundamente en la necesidad de adecuar las producciones y de seleccionar los posibles mercados pues habrá productos artesanos que no se acomodarán a los mercados, pero también es posible que los mercados existentes no sean los adecuados para determinadas producciones que en otro contexto y con otras valoraciones podrían obtener resultados satisfactorios.

Porque desde siempre hay una realidad incuestionable por mucho que se quiera valorar otros elementos adyacentes. La artesanía está hecha para ser vendida y es por lo tanto su venta lo que justifica su realización. En este

elemento incuestionable es donde pierde su identidad con el arte popular que también es, o puede ser, artesano pero con el que no puede confundirse porque este es más estricto, más personal e impregnado de otras connotaciones.

La sociedad industrial está precisando cada vez más de los elementos que diferenciadamente puede aportarle en pequeñas dosis una producción artesana adaptada a necesidades cotidianas, no contaminante e incluso rápidamente adaptable, pero para ello necesita la garantía de que este tipo de producción venga a llenar un hueco en el mercado de manera permanente. Para ello habrá de establecer la necesidad de que sean cumplidas unas determinadas premisas empresariales como son la continuidad, profesionalidad y sustituibilidad.

¿De qué nos serviría adquirir una vajilla de artesanía si cualquier deterioro la haría incompleta a perpetuidad?

La fabricación artesana de vidrio en Venecia se preocupa de sustituir cualquier pieza que le sea solicitada para reponer las que hayan podido romperse.

Habría que incidir muy especialmente en la formación empresarial que habrá de dotarse a los artesanos para convencerles, que muchas veces, mal que les

pese y aunque otras veces ni tan siquiera lo comprendan, la sociedad consumidora espera de ellos un comportamiento empresarial y para ello habrá de esforzarse en que ese rol habrá de ser asumido con la debida formación y ayuda por parte de los poderes públicos.

Dicho en estos términos puede chocar la idea con el estereotipo que a veces nos hemos fabricado del artesano como productor de objetos, con escasa preparación y a veces falto de cultura y formación que no sea para su fabricación, a veces tosca y primaria.

Nada más lejos de la realidad, a nuestro juicio, que esa idea sea tomada como norma. En primer término porque una falta de formación no tiene necesariamente que ir acompañada con una ausencia de cultura, antes al contrario, bien sabemos que culturas milenarias no tienen por qué ir acompañadas de conocimientos tecnológicos avanzados, sin que por ello esas culturas sean obstáculo para la receptividad de los conceptos modernos que no vengán ni a dañarlas ni tan siquiera a cuestionarlas. En este plano la sociedad ha de ser exigente pero los poderes públicos han de ser diligentes si no quieren desaprovechar todo ese inmenso capital humano capaz de crear riqueza con poco coste y escasas inversiones.

Establecido lo anterior solo nos queda añadir que estamos convencidos, porque así nos lo están haciendo patente desde sociedades industriales avanzadas, que el sector artesano tiene enormes posibilidades de adaptación y mantenimiento dentro de una sociedad futura avanzada y tecnificada.

Desde luego habrán de producirse cambios importantes tanto en su concepción como en su organización y producción, teniendo como objetivo, uno del que en ningún momento deberá apartarse, y que no es otro que el de proporcionar a la sociedad aquel tipo de producción que necesita y que no puede ser satisfecho por producciones masivas despersonalizadas. Como complemento, el producto artesanal tendrá que garantizar, como elemento consustancial que le defina y le caracterice, la calidad y autenticidad de sus productos y habrá de mantener, cuando la naturaleza misma del producto, o del elemento humano productor, así lo requiera, la componente cultural y espiritual que venga a darle una naturaleza específica adicional a la mera componente artesanal, pero sin mixtificaciones artificiosas a veces más fraudulentas que necesarias.

Estamos totalmente seguros y las tendencias en los países industrializados así nos lo indican de manera terminante, que la

sociedad del futuro tendrá auténtica necesidad de la producción artesana, con las adaptaciones técnicas a las que nos hemos referido, para la solución de una gran parte de sus necesidades. El estar preparados para brindar a esa sociedad la solución a esa demanda en un reto que no solo compete a los artesanos sino muy especialmente a la previsión de los poderes públicos que habrán de poner a disposición del sector artesano los elementos de formación, promoción y distribución que el propio sector debido a su inherente debilidad empresarial y sectorial no puede darse por sí mismo.

38

Y por encima de todas esas consideraciones o quizás precisamente por todas ellas, la presencia de la artesanía en el mundo tecnificado ha de comenzar necesariamente por el aseguramiento a las propias unidades artesanas de la necesaria rentabilidad de forma que su actividad sea deseable o cuando menos no sea vista como una actividad marginal, de mera supervivencia. No debe olvidarse que el protagonista del sector no debe ser el objeto en sí mismo, sino en todo caso el objeto como consecuencia de una acción humana en la que el hombre se identifica con su obra, le imprime carácter y la dignifica.

Por ello la obra artesana es diferenciada y deseable y por ello y ante todo por ello, porque tras

las manos del hombre que lo hace está el hombre en toda su grandeza, la sociedad ha de reconocer la importancia de este tipo de producciones y los poderes públicos han de poner a su servicio los elementos indispensables de dignidad, economía y reconocimiento.

Y el Siglo XXI se encargará de darnos la razón.

Cuenca, 22 de octubre de 1990 ●

